

BERNARD CORNWELL

UHTRED, EL PAGANO

Sajones, vikingos y normandos VII

Traducción de Gregorio Cantera



Cornwell, Bernard
Uhtred el pagano / Bernard Cornwell. - 1a ed. - Ciudad
Autónoma de Buenos Aires : Edhasa, 2021.
480 p. ; 22,5 x 15 cm.

Traducción de: Gregorio Cantera.
ISBN 978-987-628-641-1

1. Narrativa Inglesa. 2. Guerras. 3. Historia de Europa.
I. Cantera, Gregorio, trad. II. Título
CDD 823

Título original: *Uhtred The Pagan Lord*

Diseño de tapa: Juan Pablo Cambariere

Primera edición: junio de 2022

UHTRED THE PAGAN LORD © Bernard Cornwell, 2013

© de la traducción Gregorio Cantera, 2011

© de la presente edición Edhasa, 2022

© mapa: John Gilkes, 2013

© árbol genealógico: Colin Hall, 2013

The Last Kingdom Photography © 2018 Carnival Film & Television
Limited. The Last Kingdom TV series © 2015-2021 Carnival Film &
Television Limited. All Rights Reserved.

NETFLIX is a registered trademark of Netflix, Inc. and its affiliates
Artwork used with permission from Netflix, Inc.

Córdoba 744 2° C, Buenos Aires
info@edhasa.com.ar
http://www.edhasa.com.ar

Avda. Diagonal, 519-521. 08029 Barcelona
E-mail: info@edhasa.es
http://www.edhasa.es

ISBN: 978-987-628-641-1

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del
Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total
de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía
y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante
alquiler o préstamo público.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Impreso por Oportunidades S.A.

Impreso en Argentina

Esta edición de *Uhtred el pagano*, de Bernard Cornwell, se terminó de imprimir
en Oportunidades S.A., en mayo de 2022.

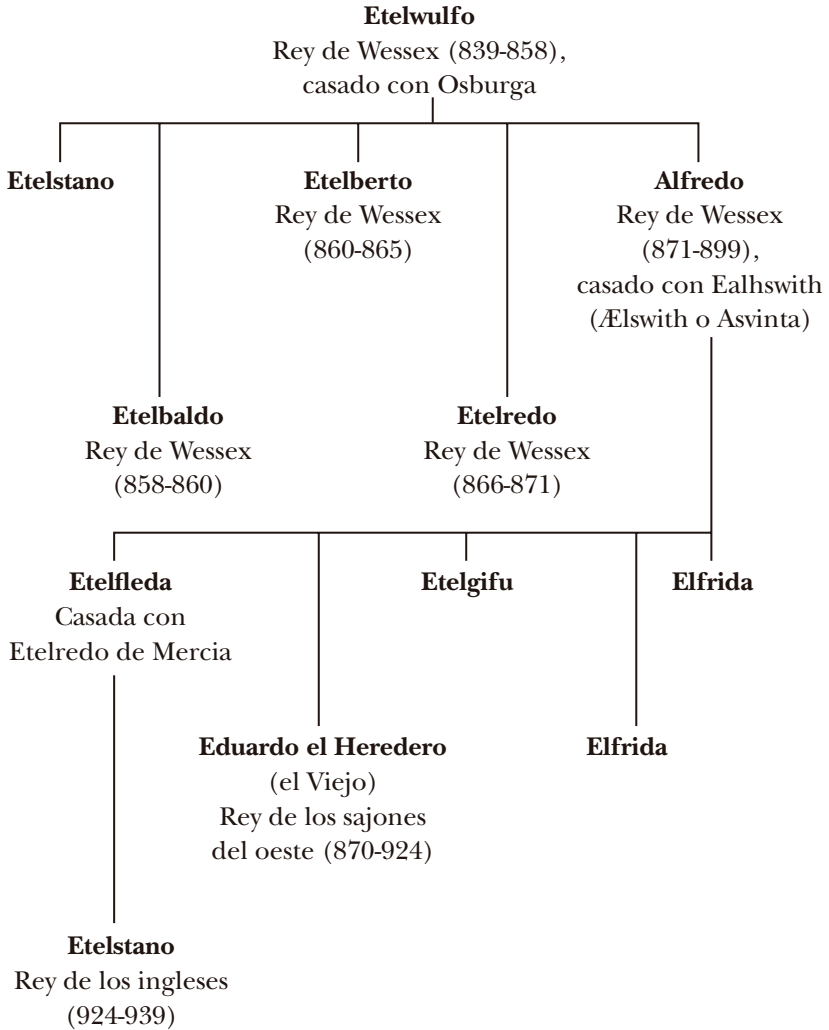
Para Tom y Dana
Go raibh mile maith agat
(Que la vida os colme de venturas)

ÍNDICE

<i>Mapa</i>	11
<i>Árbol genealógico</i>	13
<i>Topónimos</i>	15
Primera parte	
EL ABAD	19
Segunda parte	
EL <i>MEDIANOCHE</i>	95
Tercera parte	
RUMORES DE GUERRA	207
Cuarta parte	
<i>CARÁMBANO DE HIELO</i>	373
Nota histórica	477



FAMILIA REAL DE WESSEX



PRIMERA PARTE

El abad

CAPÍTULO I

Un cielo mohíno.

El cielo es obra de los dioses; reflejaba su estado de ánimo, un tanto alicaído aquel día por lo visto. Estábamos en pleno verano, pero, procedente del este, una lluvia inmisericorde nos azotaba. Parecía invierno.

Iba a lomos de *Rayo*, el mejor de mis caballos. Un corcel negro como la noche, con un destello de pelaje gris en los cuartos traseros. Así lo llamaba, en recuerdo de aquel magnífico lebrel que, en cierta ocasión, había sacrificado a Thor. Renegué de tener que matar a aquel perro, pero los dioses son insaciables: nos reclaman sacrificios y, luego, nos dejan de lado. *Rayo* era un animal imponente, fuerte y arisco, todo un caballo de guerra a la altura de mi reputación como guerrero en aquel día plomizo. Iba enfundado en una cota de malla, revestido de acero y cuero. Al costado izquierdo, *Hálito de serpiente*, la mejor espada del mundo, aunque ni falta que me hacían espada, escudo o hacha para plantar cara al enemigo con el que había de vérmelas aquel día. Aun así, la llevaba conmigo, porque era mi fiel compañera. Aún la tengo. Cuando muera, cosa que no habrá de tardar en suceder, alguien me cerrará los dedos alrededor de las guardas de cuero de su pomo desgastado y ella me llevará al Valhalla, el salón de los muertos de los dioses, donde lo festejaremos.

Pero no aquel día.

Aquel oscuro día estival, encaramado en la silla de mi montura, me encontraba en mitad de una calle enfangada, desafiando al enemigo. Podía oírlo, pero no acertaba a verlo. De sobra sabían ellos que yo andaba allí.

La calle era lo bastante ancha como para que pasaran dos carretas. A ambos lados, casas de adobe con techumbres de cañizo, ennegrecidas por la lluvia y cubiertas por líquenes. Más que calle, entre las rodadas de carros y las inmunicias de perros y cerdos que vagaban a su antojo, era un lodazal donde dejarse las cernejas. Un viento racheado ondulaba los charcos que se habían formado en las roderas y dispersaba el humo que salía por el agujero de una de las techumbres, esparciendo un olor a madera quemada.

Dos personas más venían conmigo. Había salido de Lundene con veintidós hombres, pero el asunto que me había llevado a aquella hedionda aldea azotada por la lluvia era de carácter privado, de modo que había dejado al grueso de mis hombres a una milla del lugar. A lomos de un corcel gris, me seguía Osbert, mi hijo pequeño. A sus ya diecinueve años, llevaba cota de mallas y una espada al costado. Aunque a mí me seguía pareciendo un muchacho, era todo un hombre. Me tenía respeto, el mismo que sentía yo por mi padre. Hay madres que malcrían a sus hijos, pero Osbert se había quedado sin madre, así que lo había educado con severidad, porque todo hombre que se precie ha de estar preparado para lo que se le venga encima. El mundo está lleno de enemigos. Los cristianos nos dicen que tenemos que amar a nuestros enemigos y poner la otra mejilla. Los cristianos están mal de la cabeza.

Junto a Osbert, Etselstano, el primogénito, y bastardo, del rey Eduardo de Wessex. Al igual que mi hijo, y aunque

sólo tenía ocho años, vestía también cota de malla. Eteltano no me tenía ningún respeto. Trataba de inculcárselo, pero, sin inmutarse, se me quedaba mirando con aquellos ojos azules y esbozaba una sonrisa burlona. Quería a aquel chico tanto como a Osbert.

Los dos eran cristianos. Una batalla perdida por mi parte. En un mundo de muerte, traición y miseria, los cristianos llevan todas las de ganar. Claro que todavía se rinde culto a los dioses antiguos, pero se los arrinconan en valles remotos, en lugares perdidos, en los helados confines del norte del mundo, en tanto que los cristianos se extienden como una plaga. Su dios crucificado es poderoso. Lo admito. De siempre he sabido que su dios es casi irreductible, y no entiendo por qué mis dioses consienten que ese bastardo les coma el terreno, pero así son las cosas. Porque se la está jugando. No se me ocurre otra explicación. El dios crucificado los engaña, los engatusa, y ya se sabe que mentirosos y embaucadores siempre se salen con la suya.

Esperé, pues, en aquella calle enfangada, en tanto que *Rayo* escarbaba en un charco con una de sus vigorosas pezuñas. Por encima del cuero y de la cota de malla, llevaba una capa de lana de color azul oscuro, con ribetes de armiño. Al cuello, el martillo de Thor; en la cabeza, el yelmo con el lobo como cimera. Sueltas, las baberas. Unas gotas de lluvia me caían por el reborde del morrión. Botas largas de cuero, con unos trapos embutidos en la parte alta para evitar que el agua se colase dentro. Guanteletes y, en los brazos, brazaletes de oro y de plata; esos brazaletes que, por derecho, luce todo señor de la guerra tras haber acabado con sus enemigos. Me presentaba en todo mi esplendor, aunque el enemigo al que me disponía a enfrentarme no mereciese tanto respeto.

–Padre –empezó a decir Osbert–, ¿y si no...?

–¿Acaso te he dirigido la palabra?

–No.

–Pues calla la boca –bramé.

No era para ponerse así, lo sé, pero estaba furioso. Una rabia que no sabía cómo descargar, rabia contra todo bicho viviente, contra aquel mundo miserable y carente de sentido, una rabia cargada de impotencia. El enemigo se refugiaba tras unas puertas cerradas y cantaba. Podía oír sus cánticos, aunque no acertaba a entender lo que decían. Me habían visto, de eso estaba seguro, igual que habrían visto que la calle ya no estaba desierta. Los lugareños no querían entrometerse en nada de lo que fuera a pasar allí.

Y eso que, aun siendo el causante, ni yo mismo sabía qué iba a pasar. ¿Y si las puertas permanecían cerradas y el enemigo se mantenía agazapado en el interior de aquella recia construcción de madera? Sin duda, ésa era la pregunta que Osbert había querido formular. ¿Y si el enemigo no daba la cara? Claro que él no los habría llamado así... Se habría limitado a preguntar qué pensábamos hacer si no «abandonaban» el encierro.

–Si no salen –dije–, echaré abajo esa maldita puerta, entraré y sacaré de ahí a ese bastardo. En ese caso, vosotros dos os quedaréis aquí, al cuidado de *Rayo*.

–Sí, padre.

–Iré con vos –dijo Etelstano.

–Haréis tal y como os acabo de decir, maldita sea.

–Como digáis, lord Uhtred –dijo, agachando la cabeza, aunque sabía que se estaba burlando de mí. No me hizo falta ni volverme para imaginarme su mueca insolente, aunque tampoco habría tenido ocasión de hacerlo porque, en aquel preciso instante, cesaron los cánticos. Aguar-

dé en silencio. Al cabo de un momento, se abrieron las puertas.

Y salieron. Media docena de ancianos, en primer lugar; luego, los jóvenes que, claramente, no me quitaban el ojo de encima, pero ni aquella visión de Uhtred, señor de la guerra, revestido de toda su iracunda gloria, fue capaz de borrarles la alegría que se reflejaba en sus rostros. Parecían felices: sonreían, se daban palmadas en la espalda, se abrazaban y reían de buena gana.

No se mostraban tan risueños los seis ancianos. Con paso lento, se acercaron adonde yo estaba; no me moví.

–Tengo entendido que vos sois lord Uhtred –dijo uno de ellos. Llevaba una mugrienta túnica blanca ceñida con un cordel; pelo canoso, barba gris, rostro enjuto y atezado, surcado por profundas arrugas alrededor de la boca y los ojos. El pelo le caía por debajo de los hombros; la barba le llegaba hasta la cintura. Un viejo zorro, pensé, pero no carente de autoridad: tenía que ser un clérigo de cierto rango porque portaba un pesado bastón rematado con una cruz de plata labrada.

Ni siquiera le contesté. Observaba a los más jóvenes. Muchachos, en su mayoría, o jóvenes que acababan de hacerse hombres. Con el pelo rapado a la altura de la frente, sus cráneos pálidos relucían bajo la luz de aquel día gris. Detrás, salieron unas cuantas personas de más edad. Me imaginé que serían los padres de aquellos chicos.

–Lord Uhtred –insistió el hombre.

–Hablaré con vos cuando lo tenga a bien –rezongué.

–No es una respuesta digna de vos –replicó, señalándome con la cruz como si pretendiera intimidarme.

–Lavaos antes vuestra apestosa boca con orines de cabra –repuse. Acababa de ver al joven que había ido a

buscar y espoleé a *Rayo* para que se pudiese en marcha. Dos de los ancianos trataron de detenerme, pero *Rayo* chascó sus descomunales dientes y ambos dieron un paso atrás y huyeron por piernas. El animal había sacado a relucir su vieja sangre danesa, y los seis ancianos se dispersaron como brozas.

Acerqué el corcel hasta el grupo de los más jóvenes, me encorvé sobre la silla y atrapé la sotana negra de uno de ellos, casi un hombre ya. Lo alcé en volandas, lo tumbé boca abajo en el pomo de la silla y, con las rodillas, obligué a *Rayo* a dar media vuelta.

Entonces empezó la trifulca.

Dos o tres de los jóvenes intentaron detenerme. Uno de ellos sujetó a *Rayo* por la brida; fue un error, un grave error. El caballo chascó los dientes, y el muchacho, casi un hombre también, gritó, en tanto que el animal se encabritaba sobre las patas traseras y pateaba con las delanteras sin que yo moviera un dedo. Escuché el estrépito de uno de sus pesados cascos al chocar con hueso y, al instante, brotaba un rojo chorro de sangre. *Rayo*, entrenado para mantenerse en movimiento incluso cuando algún adversario le trababa una de las patas traseras, dio un salto adelante. Lo espoleé y, de soslayo, vi que un hombre yacía en el suelo con la cabeza ensangrentada. Tratando de derribarme de la silla, otro de aquellos insensatos se asió a mi bota derecha; le estampé un manotazo y noté cómo aflojaba la presión. Fue entonces cuando el hombre de largos cabellos blancos me plantó cara. Me había seguido hasta el centro del tumulto, sin dejar de exigirme a voces que soltara a mi prisionero; luego, como un necio, blandió la pesada cruz de plata que remataba el largo bastón que llevaba sobre la cabeza de *Rayo*. Pero el animal estaba adies-

trado para la guerra; hizo un ágil quiebro, me incliné, me apoderé del bastón y se lo arrebaté de entre las manos. Aun así, no cejó en su empeño. No dejaba de maldecirme mientras sujetaba a *Rayo* por la brida, tratando de llevarlo de nuevo hasta el nutrido grupo de jóvenes, pensando que, sólo con ver cuántos eran, me sentiría acobardado.

Alcé el bastón y lo lancé con fuerza. Apunté con el extremo inferior como si fuera una lanza, sin fijarme que estaba recubierto de un pincho de metal para asentar la cruz en el suelo. Sólo pretendía aturdir a aquel necio que no dejaba de vociferar, pero el bastón le acertó de lleno en la cabeza. Le perforó el cráneo. La sangre puso una nota de color en aquel día lúgubre. Se oyeron unos gritos que retumbaron hasta en el cielo de los cristianos mientras yo observaba el bastón y cómo el hombre de la túnica blanca, para entonces salpicada de manchas de color rojo, daba traspiés y, con ojos vidriosos, abría y cerraba la boca, con una cruz cristiana que apuntaba al cielo clavada en mitad de la cabeza. Sus largos cabellos blancos se tiñeron de color carmesí y cayó al suelo. Se desplomó y se quedó tieso.

—¡El abad! —gritó alguien; espoleé a *Rayo* y di un salto hacia adelante, esquivando al último de aquellos muchachos, casi hombres, mientras sus madres no dejaban de gritar. El hombre al que llevaba tumbado en la silla se revolvió; le propiné un coscorrón en la nuca mientras dejábamos atrás aquel gentío y volvíamos a la calle.

El hombre que llevaba en la silla era mi hijo. Mi primogénito. No era otro que Uhtred, hijo de Uhtred; había cabalgado desde Lundene para impedir que se hiciera cura. Demasiado tarde. Un predicador ambulante, uno de esos curas de pelo largo, barbas enmarañadas y ojos de loco

que engatusan a los necios y los convencen de que les den plata a cambio de una bendición, me había hablado de la decisión que había tomado mi hijo.

– Toda la cristiandad se regocija – me había dicho, mirándome de soslayo.

– ¿Y a qué tanto regocijo? – le había preguntado.

– ¡A que vuestro hijo va a ser cura! Dentro de dos días, según tengo entendido, en Tofeceaster.

Y eso era lo que los cristianos habían estado haciendo en su iglesia: consagrar a sus hechiceros, convertir a unos muchachos en curas de ropajes negros que seguirían propalando toda aquella basura, y mi hijo, mi primogénito, ya era un condenado cura cristiano. Lo aticé de nuevo.

– ¡Bastardo! – rezongué. ¡Bastardo, gallina! ¡Pequeño cretino traidor!

– Padre... – empezó a decir.

– No soy tu padre – bramé. Había dejado a Uhtred en el suelo al pie de la pared de una choza, junto a una bosta reciente que olía como mil demonios. Lo empujé hasta que la pisó. – No eres hijo mío – continué, y no te llamas Uhtred.

– Padre...

– ¿Quieres que te rebane el pescuezo con *Hálito de serpiente*? – grité. Si quieres ser hijo mío, quítate esa odiosa vestimenta negra, ponte una cota de malla y haz lo que te diga.

– Sirvo a Dios.

– En ese caso, búscate otro maldito nombre. Ya no eres Uhtred Uhtredson – me revolví en la silla: ¡Osbert!

Mi hijo pequeño espoleó su caballo y se acercó. Parecía nervioso.

– Aquí me tenéis, padre.

–Desde hoy, te llamarás Uhtred –se quedó mirando a su hermano; luego, me miró a mí y, si bien de mala gana, asintió–. ¿Cómo te llamas? –le pregunté.

No estaba muy seguro, pero, al verme tan furioso, asintió de nuevo.

–Mi nombre es Uhtred, padre.

–Tú eres Uhtred Uhtredson –remaché–, mi único hijo.

Lo mismo que en otra ocasión, aunque de esto hace ya mucho tiempo, me había pasado a mí. Mi padre, que se llamaba Uhtred, me había puesto el nombre de Osbert, pero cuando mi hermano mayor, que también se llamaba Uhtred, cayó a manos de los daneses, mi padre me había impuesto su nombre. En mi familia, siempre ha sido así: el hijo mayor es quien ostenta el nombre. Mi madrastra, mujer de pocas luces, me había bautizado por segunda vez porque, según ella, los ángeles que montan guardia a las puertas del paraíso no me conocerían por mi nuevo nombre y, por esa razón, me sumergieron en una tina llena de agua, aunque, gracias a Cristo, el cristianismo no hizo mella en mí, pues descubrí a los antiguos dioses, los mismos a los que he rendido culto desde entonces.

Los cinco curas de más edad se enzarzaron conmigo. Conocía a dos de ellos, los gemelos Ceolnoth y Ceolberth, quienes, treinta años antes, habían estado retenidos conmigo como rehenes en Mercia. Éramos unos niños cuando caímos en manos de los daneses, un destino que yo había celebrado y del que los gemelos no habían dejado de renegar. Ya eran mayores por entonces: dos curas idénticos, fornidos ambos, barbas grisáceas, caras redondeadas y lívidas de ira.

–¡Habéis matado al abad Wihtréd! –me espetó uno de los dos gemelos. Estaba furioso, sorprendido, tan en-

colerizado que, más que hablar, farfullaba. No tenía ni idea de cuál de los dos era, porque nunca había podido distinguirlos.

–¡Y el pobre padre Burgred, con el rostro estragado! –dijo el otro gemelo. Se echó a un lado como si fuera a hacerse con la brida de *Rayo*, pero obligué al caballo a volverse para que amenazase a los gemelos con aquellos enormes dientes amarillentos que ya habían mordido en la cara al cura recién ordenado. Los dos dieron un paso atrás.

–¡Al abad Wihred! –repitió el nombre de marras el primero de los gemelos–. ¡Nunca hubo hombre más santo!

–Me atacó –repliqué. En realidad, no pretendía matar al pobre anciano, pero no tenía sentido que tratase de explicárselo a los gemelos.

–¡Pagaréis por esto! –gritó uno de los dos–. ¡Seréis maldito por siempre!

El otro tendió una mano al avergonzado muchacho que pisaba la bosta.

–¡Padre Uhtred! –dijo.

–¡¡No se llama Uhtred –vociferé–, y si se atreve a utilizar ese nombre –repliqué, mirándolo mientras así hablaba–, daré con él, lo abriré en canal y echaré sus tripas de cobarde a los cerdos!! No es hijo mío. No es digno de ser hijo mío.

El hombre que no merecía ser hijo mío saltó, embadurnado de la bosta, pringado de excrementos. Alzó los ojos hacia mí y preguntó:

–¿Cómo he de llamarme entonces?

–Judas –dije con sorna. Había sido educado como cristiano y había tenido que escuchar todas sus patrañas, y me acordé de que un hombre llamado Judas había traicionado al dios crucificado. Nunca lo entendí. Si quería

ser nuestro salvador, ese dios tenía que acabar clavado en una cruz y, sin embargo, los cristianos maldecían al hombre que lo había hecho posible. Pensé que deberían rendirle culto como a un santo, pero, quia, lo denostaban por traidor-. Judas –repetí, satisfecho de haberme acordado del nombre.

El chico que había sido mi hijo dudó un instante y, por fin, asintió.

–De ahora en adelante –les dijo a los gemelos–, seré el padre Judas: ése será mi nombre.

–Pero no podéis utilizar ese... –balbució uno de los dos, Ceolnoth o Ceolberth.

–Soy el padre Judas –dijo con aspereza.

–¡Seréis el padre Uhtred! –gritó uno de los gemelos, antes de señalarme a mí con el dedo-. ¡No goza de autoridad alguna aquí! ¡Es un pagano, un proscrito, un ser execrable a los ojos de Dios! –temblando de ira, casi no podía hablar; aun así, respiró hondo, cerró los ojos y alzó las manos hacia el cielo plomizo–: ¡Oh, Dios –gritó–, caiga tu cólera sobre este pecador! ¡Caiga tu castigo sobre él! ¡Echa a perder sus cosechas y envíale una enfermedad! ¡Muéstrale tu poder, oh, Señor! –y, alzando la voz hasta dar casi un alarido, exclamó–: En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, maldigo a este hombre y a toda su descendencia.

Tomó aire, y yo apreté la rodilla contra la ijada de *Rayo*; el enorme corcel dio un paso hacia aquel insensato que vociferaba. Estaba tan furioso como los gemelos.

–¡Maldícelo, Señor –gritó–, y humíllalo con tu gran misericordia! ¡Maldícelos a él y a su descendencia, y prívalos de tu gracia por siempre! ¡Húndelo, Señor, en la inmundicia, en el dolor y en la miseria!

–¡Padre! –gritó el hombre que había sido mi hijo.

Etelstano reía entre dientes. Uhtred, mi único hijo, profirió un grito entrecortado.

Acababa de dar una patada a aquel necio que no dejaba de vociferar. Saqué el pie derecho del estribo, le estampé la pesada bota en la cara y, en lugar de palabras, de su boca sólo salió sangre, que le corrió por los labios. Vacilante, dio un paso atrás, llevándose la mano derecha a la boca destrozada.

–Escupid los dientes –le ordené; al ver que no me hacía caso, medio desenvainé a *Hálito de serpiente*. Y escupió una mezcla de sangre, babas y dientes–. De los dos, ¿quién sois vos? –le pregunté al otro.

Se me quedó mirando embobado hasta que recuperó la normalidad.

–Ceolnoth –dijo.

–Al menos, podré distinguiros a partir de ahora –re-puse.

Ni siquiera miré de nuevo al padre Judas. Sin bajarme del caballo, me alejé de allí.

Cabalgué de vuelta a casa.

* * *

No sé si la maldición de Ceolberth había surtido efecto, pero el caso es que, cuando llegué a mis tierras, sólo encontré muerte, humo y desolación.

Cnut Ranulfson había arrasado el caserío. Le había prendido fuego. Había acabado con todo lo que había encontrado a su paso. Y se había llevado presa a Sigunn.

Nada tenía sentido; no en aquel momento, al menos. Mi hacienda estaba a un paso de Cirrenceastre, en el co-

razón de Mercia. Arriesgándose a tener que batallar y a la posibilidad de caer prisioneros, una partida de daneses a caballo se había aventurado lejos de sus dominios y atacado mis tierras. Hasta ahí, podía entenderlo. Una victoria sobre Uhtred bastaba para acrecentar la fama de cualquiera y animaría a los bardos a mofarse de mí en composiciones que celebrasen la victoria, aun cuando el ataque se hubiera producido en un momento en que no quedaba casi nadie. ¿Habrían enviado ojeadores por delante? Seguramente habrían sobornado a algunos lugareños para que espiasen para ellos y, así, estar al tanto de cuándo andaba por allí y de cuándo tenía pensado ausentarme, y esos espías les habrían informado de que habían requerido mi presencia en Lundene para asesorar a los hombres del rey Eduardo acerca de las defensas de la ciudad. ¿Merecía la pena haber arriesgado tanto para atacar una hacienda casi desierta? No tenía sentido.

Y se habían llevado a Sigunn.

Era mi compañera. No mi esposa. Aunque por entonces no andaba falto de amantes, desde la muerte de Gisela no había vuelto a contraer matrimonio. Etelfleda era una de ellas, pero, como aparte de ser la hija del difunto rey Alfredo, estaba casada con otro, no podíamos vivir juntos como marido y mujer. Ese puesto lo ocupaba Sigunn, y Etelfleda lo sabía.

–Si no fuese Sigunn –me había dicho un día–, otra ocuparía su lugar.

–Quién sabe si una docena.

–Sí, quién sabe.

Habían capturado a Sigunn en Beamfleit. Era danesa, una preciosa danesa, esbelta y de piel muy blanca, que lloraba a su marido muerto cuando la sacamos de un bra-

zo de mar bañada en sangre. Para entonces, al cabo de casi diez años juntos, cubierta de oro, se le dispensaba un trato respetuoso. Era la señora del caserío, y ahora había desaparecido. Se la había llevado Cnut Ranulfson, Cnut Longsword.

–Fue hace tres mañanas –me informó Osferth. Era el hijo bastardo del rey Alfredo, quien había intentado meterlo a cura, pero Osferth, a pesar de su físico y de su forma de pensar, más propios de un clérigo, optó por ser guerrero. Era meticuloso, certero, inteligente, leal y rara vez se acaloraba. Se parecía a su padre y, a medida que pasaban los años, cada vez más.

–O sea, el domingo por la mañana –dije, con la mirada perdida.

–Todos estaban en la iglesia, mi señor –me aclaró Osferth.

–Todos menos Sigunn.

–Que no es cristiana, mi señor –respondió, con un deje de desaprobación.

Finan, que no sólo era mi compañero, sino el hombre que se quedaba al frente de la mesnada cuando yo me ausentaba, se había llevado a una veintena de hombres para escoltar a Etelfleda durante su periplo por Mercia. Había ido a inspeccionar las ciudadelas que defendían Mercia de los daneses y, sin duda, se habría detenido a orar en todas las iglesias que le hubieran salido al paso por el camino. Su marido, Etelredo, era reacio a abandonar su feudo de Gleawecestre, así que Etelfleda se había hecho cargo del asunto en su lugar. Disponía de su propia tropa para protegerla, pero, temiendo por su seguridad, no por parte de los habitantes de Mercia, que la adoraban, sino de los partidarios de su esposo, le había insistido para que

Finan y veinte de los míos fuesen con ella. En ausencia del irlandés, Osferth había quedado al mando de los hombres que defendían Fagranforda. Había dejado a seis de los míos para que custodiasen el caserío, los graneros, los establos y el molino, más que suficientes en principio, porque mi hacienda quedaba lejos de los territorios que estaban en manos de los daneses.

–Culpa mía, mi señor –dijo Osferth.

–Con seis bastaba –repuse. Y los seis estaban muertos, al igual que Heric, mi intendente tullido y otros tres criados. Se habían llevado cuarenta o cincuenta caballos y habían quemado el caserío. Como pardos troncos de árboles abrasados, algunas de las paredes aún se mantenían en pie, pero el centro del caserío no era sino un montón de cenizas humeantes. Los daneses se habían presentado cuando nadie se lo esperaba; echaron la puerta abajo, acabaron con Heric y todos los que intentaron plantarles cara, apresaron a Sigunn y se fueron.

–Sabían que estaríais todos en la iglesia –dije.

–Por eso aparecieron en domingo –concluyó la frase Sihtric, otro de mis hombres.

–Y estarían al tanto de que vos no andaríais por aquí –añadió Osferth.

–¿Cuántos eran? –le pregunté a Osferth.

–Cuarenta o cincuenta –me repitió, armándose de paciencia. Debía de haberle hecho la misma pregunta no menos de una docena de veces.

Los daneses no se embarcan en una incursión así para pasar el rato. Había un montón de granjas y haciendas sajonas a un paso de sus dominios, pero aquellos hombres se habían arriesgado a adentrarse hasta el mismo corazón de Mercia. ¿Por Sigunn? No tenía ningún valor para ellos.

–Vinieron dispuestos a acabar con vos, mi señor –apuntó Osferth.

Si los daneses hubieran tanteado el terreno, habrían hablado con gente que hubiera pasado por allí y estarían al tanto de que siempre llevaba no menos de veinte hombres conmigo. Había optado por que no entrasen conmigo en Tofeceaster para dar su merecido al hombre que había sido mi hijo, pues un guerrero no necesita a veinte hombres para plantar cara a un puñado de curas. Me había bastado con la compañía de mi hijo y de un chiquillo. Pero los daneses no podían haber sabido que yo estaba en Tofeceaster, ya que ni yo mismo sabía que iría allí hasta que me enteré de que mi condenado hijo iba a convertirse en un hechicero cristiano. Sin embargo, y aun a riesgo de tener un encontronazo con los míos, Cnut Ranulfson había puesto en peligro a sus hombres, enviándolos a una incursión tan larga como inútil. Me habrían superado en número, pero habría sufrido más bajas de las que podía permitirse, y Cnut Longsword era un hombre calculador, poco dado a correr más riesgos de los necesarios. Nada de aquello tenía sentido.

–¿Estáis seguro de que era Cnut Ranulfson? –le pregunté a Osferth.

–Llevaban su pendón, mi señor.

–¿El hacha y la cruz astillada?

–Así es, mi señor.

–¿Dónde anda el padre Cuthberto? –pregunté. Tengo curas a mi lado. No soy cristiano, pero tan largos son los tentáculos del dios crucificado que la mayoría de mis hombres lo son y, por entonces, Cuthberto era mi capellán. Me caía bien. Larguirucho y desgarbado, era hijo de un cantero y estaba casado con una liberta que respondía

al extraño nombre de Mehrasa. Una belleza de piel atezada, capturada en alguna tierra ignota y remota del sur y traída a Britania por un traficante de esclavos que había sucumbido bajo el filo de mi espada, y que, en aquel momento y a voz en grito, se lamentaba de que su marido había desaparecido.

–¿Por qué no estaba en la iglesia? –le pregunté a Osferth; el muchacho se encogió de hombros–. ¿No estaría holgando con Mehrasa? –insistí, irritado.

–¿Acaso hace otra cosa? –comentó Osferth, de nuevo con cara de pocos amigos.

–Entonces, ¿dónde está? –volví a la carga.

–A lo peor se lo han llevado –apuntó Sihtric.

–Antes matarían a un cura que llevarselo con ellos –comenté. Me acerqué a los restos del caserío. Unos cuantos hombres revolvían entre las cenizas, apartando tablores chamuscados que aún humeaban. Quizás apareciese allí hecho un gurrúño el cuerpo calcinado del padre Cuthberto–. Contadme lo que visteis –le pedí a Osferth una vez más.

Armándose de paciencia, me lo repitió de cabo a rabo. Se encontraba en la iglesia de Fagranforda cuando oyó unos gritos que venían de mi hacienda, no muy lejos del lugar. Salió de la iglesia y reparó en la primera columna de humo que se alzaba contra el cielo estival; para cuando, tras alertar a los hombres, montó a caballo, los asaltantes ya se habían ido. Los había seguido y había llegado a atisbarlos, y estaba seguro de que había visto a Sigunn entre aquellos hombres revestidos de oscuras cotas de malla.

–Llevaba el vestido blanco, mi señor, ése que os gusta tanto.

–Pero ¿no acertasteis a ver al padre Cuthberto?

–Iría vestido de negro, mi señor, como la mayoría de los jinetes, así que quizá no llegué a distinguirlo. Nunca conseguimos acercarnos lo suficiente. Cabalgaban veloces como el viento.

Entre las cenizas, aparecieron unos huesos. Entre dos jambas quemadas, pasé por el lugar donde se alzara la puerta de madera del caserío y un olor a carne quemada me dio en la nariz. Aparté una viga abrasada de un puntapié y vi un arpa entre las cenizas. ¿Por qué no se había quemado? Las cuerdas se habían encogido hasta convertirse en tocones ennegrecidos, pero el marco parecía intacto. Me incliné para recogerlo y la madera, aún caliente, se me deshizo en la mano.

–¿Qué ha sido de Oslic? –pregunté. Había sido nuestro arpista, un bardo que nos deleitaba con sus canciones guerreras en el caserío.

–Lo mataron, señor –dijo Osferth.

Sin apartar los ojos de los huesos que uno de los hombres había encontrado entre las cenizas, Mehrasa comenzó a lanzar lamentos aún más desgarradores.

–Decidle a ésa que se calle –bramé.

–Son huesos de perro, mi señor –se inclinó ante mí el hombre del rastrillo.

Los perros que tanto le gustaban a Sigunn y que correteaban por casa. Unos pequeños terrier, maestros en dar buena cuenta de las ratas. De entre las cenizas, el hombre sacó una bandeja de plata retorcida por el calor.

–No venían a por mí –dije, mientras contemplaba los pequeños esqueletos.

–¿Por quién, si no? –se interesó Sihtric que, en tiempos, había sido uno de mis criados y ahora era uno de los míos, y de los mejores.

–A por Sigunn –contesté, porque no se me ocurría otra explicación.

–Pero, ¿por qué, mi señor? Ni siquiera es vuestra esposa.

–Sabe del cariño que le profeso –dije–, y eso significa que quiere algo.

–Cnut Longsword –dijo Sihtric, torciendo el gesto.

Y eso que Shitric no era un cobarde. Hijo de Kjartan el Cruel, Sihtric había heredado la destreza de su padre con las armas. Había peleado a mi lado en un muro de escudos y tenía más que sobradas pruebas de su arrojo, pero, al oír el nombre de Cnut, se había puesto nervioso. Y con razón. Cnut Ranulfson era toda una leyenda en los territorios que estaban en manos de los daneses. Era un hombre menudo, de piel muy blanca y, aunque aún no era viejo, el pelo del color del marfil. Yo le echaba unos cuarenta años, que no eran pocos, y aparte de listo como el hambre y despiadado desde el día que nació, había venido al mundo con ese color de pelo. Su espada, *Carámbano de hielo*, era temida desde las islas del norte hasta las costas del sur de Wessex, y sus proezas habían servido como reclamo para que hombres del otro lado del mar le prestaran juramento de lealtad y estuvieran a su servicio. Tanto él como su amigo, Sigurd Thorrrson, eran los más importantes señores daneses de Northumbria, y la ambición que los guiaba no era otra que la de serlo también de toda Britania. Pero hasta ahora se habían topado con un enemigo que siempre les había parado los pies.

Y resultaba que Cnut Ranulfson, Cnut Longsword, el hombre que con una espada en la mano era el más temido en toda Britania, tenía cautiva a la mujer de su enemigo.

–Quiere algo –repetí.

–¿A vos? –se interesó Osferth.

Descubrimos sus intenciones al final del día, cuando el padre Cuthberto volvió a casa. Nos lo devolvió un tratante en pieles que lo traía en su carreta. Fue Mehrasa quien, a grito pelado, nos dio el aviso.

Me encontraba en el enorme granero, que los daneses no habían tenido tiempo de quemar y que haría las veces de vivienda hasta que levantáramos otra, y observaba en silencio cómo, con unas piedras, los hombres preparaban un hogar; al oír los alaridos, salí corriendo y me encontré con una carreta que venía dando tumbos por el sendero. Sin dejar de dar gritos, Mehrasa se colgaba de los brazos largos y descarnados de su marido, un Cuthberto desfallecido.

–¡Silencio! –grité.

Mis hombres me seguían. Al verme llegar, el pellejero detuvo la carreta y se postró de rodillas. Me contó que había visto al padre Cuthberto al norte de donde estábamos.

–Estaba en Beogford, mi señor –me dijo–, a la orilla del río. Le estaban tirando piedras.

–¿Quién le tiraba piedras?

–Unos chiquillos, mi señor. Estaban jugando.

Así que Cnut había cabalgado hasta el vado, donde, por lo visto, había soltado al cura. Aparte de la sotana larga, manchada de barro y hecha trizas, Cuthberto tenía cuajarones de sangre en la cabeza.

–¿Qué les hicisteis a los chicos? –pregunté al tratante.

–Los eché con cajas destempladas, mi señor.

–¿Dónde estaba?

–Entre los juncales, mi señor, a la orilla del río. Gimateaba.

–Padre Cuthberto –dije, al tiempo que me acercaba a la carreta.

–¡Mi señor, mi señor! –tendiéndome la mano.

–¿Cómo iba a estar llorando? –le dije al tratante–. ¡Osferth! Dadle algo de dinero a este hombre –señalando a quien nos había devuelto al cura–. Os daremos algo de comer –le dije al hombre– y os dejaremos una cuadra donde vos y vuestros caballos podréis pasar la noche.

–¡Mi señor! –gimió el padre Cuthberto.

Me aproximé a la carreta y lo ayudé a incorporarse. Era alto, pero casi tan ligero como una pluma, cosa que no dejó de sorprenderme.

–¿Podéis manteneros en pie? –le pregunté.

–Sí, mi señor.

Lo puse en el suelo, lo ayudé a mantenerse en equilibrio y me eché a un lado mientras Mehrasa lo estrechaba entre sus brazos.

–Mi señor –me dijo por encima del hombro de ella–, tengo un mensaje.

Cualquiera diría que estaba llorando, y quizás así era, pero un hombre que no tiene ojos no puede llorar. Un hombre con dos cuencas ensangrentadas no puede llorar. Un ciego siente la necesidad de llorar, pero no puede hacerlo.

Cnut le había sacado los ojos.

* * *

Tameworþig. Allí era donde tenía que encontrarme con Cnut Ranulfson.

–Me dijo que vos entenderíais el porqué, mi señor –me dijo el padre Cuthberto.